

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 26 de Octubre de 1863.

Núm. 41.

SUMARIO.

Recista de la semana, por X.—Cuestión capital, por J. Selgas.—Mi tía María, por Gracia Grimwood.—Lo que hay en una cabeza, poesía, por J. González de Tolosa.—El Júpiter de Phidias, por V. C. Feijó.—No hay mal ni bien que cien años dure, por L. Escudero y Perroño.—Cuento, por C. Díaz de Taeso.—Aguafués.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Graves en extremo son las noticias que con respecto á Santo Domingo, tenemos que comunicar á nuestros lectores. La insurrección continúa, y según los últimos detalles que aparecen en *La Gaceta*, se ha propagado hasta la misma provincia de Santo Domingo. Los combates se han sucedido con rapidez y los apuros en que se han encontrado nuestros soldados, han sido grandes.

En estos últimos días se ha dicho que nuestras tropas habían capitulado. El origen de esta noticia es debido al siguiente despacho telegráfico:

Paris 26 á las cinco y veinte minutos de la tarde.—*La Opinion nationale*, diario haitiano, anuncia que Santo Domingo, ha capitulado el 1.º de setiembre despues de tres dias de sitio. Santana ha sido arrojado al bosque Azna, donde el general dominicano Florentino le perseguía. Santiago ha capitulado, despues de un combate sangriento. El coronel Gaspar Palengó, ha sido nombrado jefe de la República dominicana.

Hemos querido insertar el despacho que precede para que nuestros lectores puedan juzgar con mayor exactitud, de los hechos que en el mismo se mencionan y que han dado lugar en estos últimos días á tantos y tan diversos comentarios.

A primera vista habrán comprendido cuantas personas se hayan fijado en el anterior despacho, que viene equivocado en la fecha, ó que de no ser así, es sumamente falso. En efecto, posteriores al 1.º de setiembre, se han tenido noticias de procedencias distintas, y en ningunas se ha hablado nada de la provincia de Santo Domingo, que hasta las últimas fechas, ha permanecido tranquila.

Y aunque esto no fuera, la confianza que nos merecen nuestros soldados, y los refuerzos que para el 18 de setiembre se habían recibido ya en aquellas islas, nos hace creer que el tal despacho cuya procedencia le hace también dudoso será uno de los muchos que á cada momento se inventan con objetos determinados. Es posible que despues de los combates tan desiguales sostenidos por nuestras escasas tropas, fueran estas á rendirse en la ocasión en que contaban con mayores medios para luchar con los enemigos? Por mas que digan, no lo creemos. Estamos convencidos, sí, que la insurrección ha tomado grandes proporciones y que para sofocarla será preciso desplegar grandes y activos esfuerzos. Esto no lo desconocemos; si acaso hubie-

se lugar á alguna duda, sería bastante á destruirla las noticias insertas en la *Gaceta* del 22 del corriente.

Segun este diario, habla en Santo Domingo grandes refuerzos de todas armas, con los cuales ha variado mucho la situación en que se hallaba la guarnición de aquellas islas.

Uno de los jefes que mas se han distinguido contra los insurrectos ha sido el coronel Cappa, que llegando á Santiago con su columna el mismo dia en que los negros la habían incendiado, por cuya causa se hallaban nuestras tropas en grave peligro, logró unir su columna con la del brigadier Buceta, destruyendo así los planes del enemigo, que se creía dueño del campo. En este combate hubo cosas admirables, distinguiéndose algunas mujeres del país, que peleaban al lado de nuestros soldados con tal denuedo y bravura, que una de ellas fue tanto el entusiasmo que despertó en nuestras tropas, que allí mismo la pusieron los galones de cabo.

Esperamos, pues, con ansia nuevas noticias que no dudamos desmentirán la dada por el periódico haitiano *La Opinion nationale*, noticia que por mas que nos merezca entera desconfianza, no dejamos de conocer ha introducido profunda alarma en los ánimos de muchos, que con no escasa razón temen por la suerte de nuestras colonias de América.

Dejando á un lado esta cuestión, pasaremos á ocuparnos de la estancia en esta corte de la emperatriz de los franceses, cuya llegada fue el 18 en la noche, habiéndose hecho un recibimiento digno de la elevada categoría que ocupa dicha señora.

El 19 en la noche le obsequió el gobierno dando una función de convite en el teatro real, á la que asistió en compañía de la princesa Ana, que la acompaña, de nuestros Reyes y algunas personas de la familia real.

El teatro estuvo, como es de presumir, sumamente concurrido, viéndose ocupadas las localidades por lo mas escogido de la alta sociedad. Se cantó *La Semiramis*, dando principio á las nueve y media, hora en que entraron en el palco las obsequiadas y las personas reales. Tanto al principio como al finalizar la ópera, se tocó por la orquesta la marcha real.

La empresa de la plaza de toros proponiéndose especular con la visita de la emperatriz Eugenia, anunció para el 21 una corrida extraordinaria, que según los preparativos con que la anunciaba y las voces que corrían, hacían creer que dicha señora asistiría á ella. Mas despues de todo y de haberse expendido las localidades á precios exorbitantes, la emperatriz no asistió. Pero no fué esto lo peor, sino que los toros han sido de los mas malos que se han jugado en esta plaza. En cambio la entrada fué de lo mejor que se ha visto; por lo cual el público no salió muy satisfecho.

En la noche del mismo día 21 obsequiaron SS. MM. á la augusta viajera con un magnífico baile, que como todos los que se dan en el real alcázar estuvo brillantísimo. Creemos

que la emperatriz de los franceses estará muy satisfecha de la acogida que me encontrado en esta corte, de donde ha partido con dirección á Toledo en la mañana del veintitres.

X...

CUESTION CAPITAL.

Empezaremos por la cabeza.

Entre los diversos asuntos que hoy embargan la atención pública, hay uno que con preferencia á todos merece el título de asunto capital.

Para considerarlo en su verdadero punto de vista hay que elevarse á la region de las ideas.

El filósofo necesita proceder en el caso presente como los locos espirituosos; como ellos tiene que subirse á la cabeza, porque el objeto actual de sus investigaciones es el sombrero.

Fijémonos bien.

Estamos en el último piso de ese edificio humano que se llama hombre, en la veleta de esa torre de Babel que conocemos con el pseudónimo de humanidad.

Dios puso á Adán entre el cielo y la tierra.

Le puso á los pies lo que debía despreciar, y sobre su cabeza lo que debía apetecer.

Si viviera hoy, lo encontraríamos encerrado en el espacio que media entre un par de botas y un sombrero.

Hace seis mil años que la creación entera permanece como salió de las manos de Dios; solamente el hombre ha sido anotado por el zapatero, corregido por el sastre, y aumentado por el sombrerero.

Hé aquí la librea de la civilización moderna.

La cubierta de la última entrega de la humanidad; esto es, unas botas de charol, un frac y un sombrero de copa alta.

Sería curioso estudiar la multitud de modificaciones que ha experimentado esa segunda piel de la especie humana que se llama vestido.

Se ha multiplicado de tantas maneras como los efectos del pecado original.

Registrando el libro de la historia del hombre, se encuentra que la primera página es una hoja de parra.

Lo primero que Adán aprendió al probar el fruto de la ciencia es que no debía andar desnudo.

En el fondo de este descubrimiento estaba la industria, el comercio, la moda, la elegancia y el lujo.

Detrás de aquella hoja de parra se ocultaban misteriosamente generaciones enteras de sastres, de sombrereros, de zapateros, de modistas y de encajeras.

Allí estaban en germen, como en el niño está el hombre, las fábricas de guantes, las navajas de afeitar, los almacenes de ropas hechas, las perfumerías, la calle de Postas, la calle de Corretas y la calle de la Montera.

¡Gran Dios! como diría un francés. ¡Qué sería de Inglaterra sin el pecado original!

Desde entonces el vestido es la parte visible del hombre civilizado.

Anda sobre la tierra como un tritón que se desfigura incessantemente para no ser reconocido.

Por eso el vestido es la primera, la indispensable necesidad del hombre.

Es la única que la sociedad le exige.

No hay ley ninguna, ni civil, ni militar, ni política que impida al ciudadano pacífico vivir sin comer, vivir sin casa, vivir sin familia; pero sería inmediatamente puesto á disposición de la autoridad el que se atreviera á presentarse en el Prado, en el teatro ó en la calle completamente desnudo.

No sería permitido ni siquiera en camisa.

Pero ¿que digo? ¡Hay en Madrid algún salon donde pueda penetrar un hombre sin traje!

¡Hay alguna que se estimo en algo, que se atreva á salir á la calle desnudo!

El vestido es tan indispensable para la vida social como el cuerpo para la vida natural.

Pero levantando la consideración y viniendo al asunto capital, entremos en el sombrero.

Una vez sometida la cabeza al estudio de los frenólogos, declaradas sus elevaciones y depresiones como signos de inteligencia ó de estupidéz, de virtudes ó de vicios, no hay inconveniente en considerar al sombrero á la luz de la frenología, para añadir un capítulo mas á la ciencia de las preferencias.

Bajo este punto de vista, el sombrero de copa alta é invencible.

Los que intentan suplantarle con el hongo, pierden el tiempo.

No es un capricho de la moda.

Es la expresión característica de la cabeza actual.

Es la filosofía moderna que ha tomado cuerpo.

Es un absurdo de fieltro, de castor ó de seda; un sofisma de varios precios que se ajusta perfectamente á la cabeza de cada uno.

La moda tiene prodigiosos aciertos.

En el siglo de la razón era preciso que el hombre llevara en la cabeza un sombrero irracional.

El aire busca al aire, y el sombrero de copa alta ha buscado á la cabeza como un espacio vacío busca á otro.

Si el sombrero de copa alta pudiera traducirse á un idioma cualquiera, sería un libro incomprendible.

Es invencible como el error, es demasiado ridiculo para que caiga.

Se puede decir que ese sombrero está en la masa de la sangre.

Inventad lo que queráis para sustituir á la nariz, y quedaréis burlados.

Nadie tiene derecho para desfigurar la fisonomía de un siglo suplantando su facción mas principal.

Por eso el hongo ha sido silbado en la plaza de toros; mientras el sombrero de copa alta asegura su dominio y triunfa de su enemigo.

El hombre necesita tener siempre en su cabeza algo incomprendible.

¿Y no sería una crueldad quitarle á la cabeza humana el sombrero de copa alta, que es lo único que no puede comprender?

La moda es una religión, y ese sombrero es uno de sus mas altos misterios.

Respetemos lo que no podemos comprender y doblemos la cabeza bajo el sombrero de copa alta.

José SERRAS.

MI TIA MARIA.

POR GRACIA GREENWOOD.

Hay en este mundo muchísimas Marias; pero no sabe lo que se pierde el que no conoce á mi tia Maria. Voy á darte, lector mio, una ligera idea de su moral y de su físico mientras no vuelve á casa. La pobre no está ya, es cierto, en la primavera, sino en el otoño de la vida. Tiene cuarenta y seis años; pero no pongas gesto, amigo, ni me digas que mi tia pertenece á la historia, pues te aseguro, bajo mi palabra de honor, que aun es una mujer muy seductora; y puedes apoyarte y descansar tranquilo en mi palabra, porque es tan sólida como una columna de piedra. Si, señor, mi tia Maria conserva hoy la belleza suficiente para llevar con gracia su nombre, el mas hermoso de todos los nombres de la mujer; con la elegancia necesaria para volver el juicio á media docena de estudiantes, y con la alegría y el contento indispensables para desterrar los malos espíritus del cuarto de un hipocóndrico inveterado. Para mí tengo que en esto debe de haber algun misterio, y que no es todo debido á los dones de la naturaleza; porque si bien es cierto que mi tia fué guapísima, segun dicen, cuando jóven, ¡cuántas y cuántas son las muchachas que á los quince parecen síldes, y á los treinta diablillos con faldas!

Por lo que toca á mi tia, siempre ha sido de un genio muy alegre, lo cual es un cosmético mas eficaz que todos los conocidos en la química; además, no ha contribuido poco á esta conservación de los rasgos de su agraciada fiso-

nomia su infatigable actividad, y su verdadera y constante afición á los tranquilos y dulces placeres del hogar doméstico, que preservan á la mujer de los dispendios de hermosura que exigen las grandes reuniones y espectáculos. El secreto de su bienestar, de su contento, de su jovialidad, consiste en que toda ella es amor, y siempre lo ha sido. Porque, con la noble independencia de un corazón generoso y puro, ha amado, como aman los ángeles, á cuantos ha encontrado dignos de inspirar tan bello impulso; pero sin poner restricciones, sin aprisionar en estrechos límites al amor, esa blanca paloma que nos viene de las alturas del cielo, del seno del mismo Dios; sin contener jamás su libre vuelo con las severas máximas del egoísmo, sino dejándolo suelto, á su albedrío, volar de corazón en corazón, y gozándose después en verlo volver puro y contento. Sin embargo no vayas á figurarte que mi tía es una visionaria, ni una loca entusiasta; porque, gracias á Dios, el corazón y el espíritu los tiene profundamente penetrados de esa poesía verdadera que tanto puede llamarse buen sentido como elevación y grandeza de pensamiento.

Ahora bien, después de una introducción tan larga, me parece lo mejor dejar que mi tía, por sí sola, te se revele, en una carta que me escribió reservadamente el día mismo en que cumplí diez y siete años, á consecuencia de cierta observación que la hice la víspera con toda la petulancia de una colegiala, sosteniéndole que no se amaba real y verdaderamente sino una vez en la vida, y que el primer amor era el único que pudiésemos experimentar, la *alpha* y la *omega* de cuanto hubiéramos de saber y entender de la divina pasión. Tal vez te parezca la carta escrita muy á la ligera; pero, hijo, escúes el modo de mi tía, lo mismo cuando habla que cuando escribe.

«De suerte, querida mía, que tú crees no ser posible amar sino una vez en la vida. ¡Vaya! Pero dime, ¿cómo, siendo tan niña todavía, te has llegado á formar una opinión tan profunda? Me parece que con las novelas y con los poemas, y de ningún modo de la experiencia y el estudio; por lo tanto, y como no se me ocurre que semejantes ideas pueden convertirse en fuente de muchos errores y males, he determinado revelarte el corazón de una mujer, lo cual es ponértelos todos de manifiesto.

Mira, Gracia, yo he amado dos veces; primero en los albores de mi caprichosa juventud; después, en edad más tranquila y reposada. Aun me acuerdo perfectamente del objeto de mi primero é intenso amor. Su rostro era sombrío y severo, de maravillosa hermosura clásica, iluminado por el fuego de un carácter ambicioso y ardiente. La antorcha del genio brillaba en su fisonomía; pero su corazón era frío, nada en sus ojos revelaba la ternura del amor; jamás sonreía su boca; todo en él era varonil, reposado, altivo, soberano. Su estatura no era elevada, ni su cuerpo robusto; pero cuando se presentaba á mis ojos me hacía el efecto de una torre, y yo bajaba mis débiles párpados temblando ante la magestad y el brillo de su mirada. Su voz sonora é imperiosa me hacía estremecer como el sonido de un clarín; no comprendía la posibilidad de reírse; despreciaba la dulzura; la vida no era para él sino lo que un negocio grave para un comerciante, y no aspiraba á otra cosa que á los honores y á la gloria, ni alimentaba su corazón sino de ambiciones, ni nunca se veía más en su centro que cuando daba una gran prueba de insensibilidad.

Esto fué el hombre que buscó, ó por mejor decir, que exigió mi amor. Con los otros había yo sido siempre petulante, antojadiza, caprichosa; pero con él era sumisa y tímida, y hasta mi dignidad, esa diadema de la mujer, la ponía gustosa á sus pies; en fin, lo amaba con un amor profundo, reconcentrado, inmenso; con un amor exclusivo, que no dejaba lugar para otras afecciones, ni me permitía reflexionar; de tal manera estaban mis sentidos subyugados á su influencia, que en el fuego de mi entusiasta adoración morían de una muerte incomparablemente dulce y llena de voluptuosidad, como los insectos que perecen en las perfumadas llamas de un incensario. Así como, después de haber mirado al sol, su dorada imagen permanece largo tiempo fija en nuestros ojos, así cuando me volvía de cualquier lado brillaba ante los míos la de mi amor. Primero hubiese confiado la Lilia de Moore sus recelos y cuidados

al ángel que la amaba, que yo los míos al hombre que me pretendía, porque ¿con qué derecho podía turbar con mis quejas la sublime armonía de un alma como la suya? Aún me estremezco al pensar con cuánta ligereza caí en tan ciega idolatría.

«Pero llegó un tiempo en que se apoderó de mí un incierto temor, un miedo indefinible, que me puso en la situación de una persona que sueña que se pasea en el paraíso, y conoce que sueña, ó que anda por encima de un cristal muy delgado y siente debajo las ondulaciones del mar. Muy orgullosa estaba, es cierto, de mi amor; pero se me deshacía en llanto el corazón al pensar que tal vez la nueva estrella de mi existencia podría desaparecer del horizonte; que aquel rocío de la mañana de mi vida podría convertirse en una niebla que, al primer soplo del viento, desapareciese para siempre.

Yo creo que el ángel de mi guarda me advertía. Carlos vive, y no estamos casados. Si nuestra separación hubiese sido causada por algún defecto moral suyo, me guardaría muy bien de revelarlo; porque el amor es de tal naturaleza, que, una vez sentido, imprime un carácter sagrado al objeto que lo causa, aun cuando se manifiesta indigno de él. Si hubiese cometido alguna falta, mi ternura lo defendería contra todos los ataques; si la sociedad lo hubiera condenado, mi corazón, al menos, le habría permanecido siendo fiel hasta la muerte; pero no, el mundo lo contempla con respeto y admiración, y él ha llegado al colmo de sus ambiciones.

La causa de nuestro rompimiento fué otra.

Poco á poco había yo ido conociendo, con harto dolor, que aquel á quien había levantado un altar en mi pecho, y tributaba un culto que sólo pertenece á Dios, ni me amaba, ni podía tampoco amarne como yo quería ser amada. Porque si bien al principio me satisfacía el verme obsequiada por un hombre de mérito tan superior, luego comencé á suspirar por una ternura que él no era capaz de manifestarme; por esas palabras dulces, esas suaves ternuras, esas cariñosas atenciones de que siempre se ha alimentado el corazón de la mujer, desde el momento en que Dios la creó para amar y someterse al hombre. Al fin vi claramente que Carlos era una estatua, que desde el pedestal de su grandeza contemplaba inmóvil y frío la entusiasta adoración de que era objeto; que era una orgullosa encarnación de la inteligencia; que cuanto en él había de sentimientos humanos lo necesitaba para sí, para su propio consumo, y que no le quedaba lo más mínimo para su prójimo; que el tálamonupcial sería un ara de sacrificios, una pira fúnebre en la cual se consumiría á fuego lento todo cuanto hubiese en mi opuesto á su naturaleza, ó que no pudiera identificarse con la suya; que mis alegrías lo hilismo que mis pesares, mi vida, mi individualidad misma, deberían, no mezclarse y confundirse con las suyas, sino estrellarse y aniquilarse en él; que las fuentes de mi corazón se agotarían, y que él no tenía con qué alimentarlas; que el jardín de mi alma se convertiría en un desierto por no tener el tiempo de cultivar sus flores. No quise someterme á tan triste porvenir, y concluyeron nuestras relaciones.

Cuando la muerte nos arrebató un ser querido, el dolor que experimentamos es inmenso; pero ¿cómo expresar el dolor que se experimenta al destruir de propósito deliberado un amor que, como débil planta, se apoya en aquel que lo inspira y cuya causa es? ¿Cómo expresar el martirio, el suplicio de ir arrancando uno por uno todos los brotes llenos de savia que se han abrazado al tronco robusto á cuya sombra habían crecido?

Trascurrieron algunos años, y amé por segunda vez. Pero ¡cuán diferente era el objeto de este amor del ídolo de mi primera pasión! Eduardo reunía la seductora dulzura de la mujer á la vigorosa dignidad del hombre; tenía todas las cualidades más femeniles sin nada de afeminado; su imaginación no se parecía á una de esas entividades llanas que no serían nada sin el incansable trabajo del hombre, sino á las praderas del Oeste en que la vegetación es espontánea, lozana y espléndida. Era de elevada estatura; pero no pretendía ser más elevado que yo; era hermoso, y su fisonomía respiraba la franqueza, el reposo y la lealtad; en fin, la luz, no el fuego del genio, era lo que iluminaba su frente.

Su caridad lo había hecho tan amable á los pobres, su carácter noble y su vida imaculada le habían granjeado de tal modo la estimación de los ricos, y todos los buenos lo elogiaban tan unánimemente, que mi amor inefable no era otra cosa sino la concentración del aprecio de los demás. Sin embargo: pasó mucho tiempo antes de que nos amásemos; el germen de este divino sentimiento fué desarrollándose con lentitud, como el capullo de una flor que no deba marchitarse.

Dicen que el amor es la rosa del corazón; pero por desgracia, cuántas veces se transforma el corazón en invernáculo para precipitar su florescencia! y si al contrario, se dejase al sol de la naturaleza, al rocío de la inocencia y de la verdad, al cuidado de los ángeles, ¡qué placer tan grande no causaría el verla crecer, el seguir el desarrollo de sus pétalos, á los cuales cada hora que trascurre va dando mas perfume y mas vivo colorido, hasta que la rosa se entreabre al fin en toda la plenitud y perfección de su hermosura incomparable.

Nuestra vida, gracias á Dios, ha estado exenta de eso que se llama desgracias; pero hemos tenido nuestros malos ratos. Sin embargo, no podíamos quejarnos, puesto que nos consolábamos mutuamente, sobrellevándonos entre los dos. Ni tampoco podía ser de otra manera, porque esa confianza completa, absoluta, espontánea, recíproca que nos prometimos al pié de los altares, y sin la cual el matrimonio es una mentira, ni por un solo momento nos ha faltado. No creas por eso que nos adorásemos ciegamente, no por cierto; que nos conocíamos todos nuestros defectos, hasta los mas mínimos; pero á medida que uno de nosotros los descubría en el otro, los ocultaba con el blanco manto del olvido, ponía sobre ellos el puro vélo de la caridad, y los encerraba en un impenetrable santuario.

Al concluir, mi querida Gracia, te compararé mis dos amores. El primero era un águila enjaulada por una mano inteligente, y sometida á su cautiverio, pero que aspiraba á su antigua libertad, y recordaba con placer el tiempo en que batía sus poderosas alas en la inmensidad. El segundo era un pájaro mas doméstico, que se deslizaba contento en el seno de quien lo tenía preso, y plegaba sus alas con un movimiento de placer.

De esta manera concluí la extraña carta de mi tía María; y á pesar de su sencilla elocuencia, no pudo convencerme; porque para mí era inadmisibles que lo que llamaba su primer amor lo hubiera sido realmente. Mi tía no pudo acercarse lo bastante al corazón de Carlos para amarlo; y si se hubiera casado con él, habría sido como la mujer de Caton, que, según decía su austero marido, no se atrevía á estrecharlo en sus brazos sino cuando tronaba Júpiter. Lo que mi tía experimentaba no era otra cosa sino admiración, orgullo satisfecho, vértigos, todo lo que se quiera, excepto esa esclavitud del alma en que el esclavo besa sus cadenas, esa locura del corazón que el loco prefiere mil veces á estar en sano juicio. Ella tuvo la balanza, ella pronunció la separación; ¡hubiera podido hacerlo si real y verdaderamente hubiese amado con la ciega abnegación, con la sublime locura de la mujer! La fuerza que sostiene y que impulsa á la mujer en *casos de corazón*, es el orgullo las mas de las veces, escitado por las ofensas ó los desprecios; y mi tía ni fué ultrajada, ni despreciada tampoco. En cuanto á su segundo amor, nada quiero decir. Pero como me es imposible dar el nombre de amor á su primera prueba, quedo *in statu quo* por ahora.

MARIANO JUDERÍAS BÉNDER.

LO QUE HAY EN UNA CABEZA.

De un pedazo de la nada
Elieió el Señor al hombre,
y por remate en el cuello
la cabeza colócle.

Un completísimo estuche
de monedas y primores,
un precioso mejor dicho
cu ella puso á sus órdenes.

Allí está enanto hace falta
para habitar en el orbe,
por eso veis que no vive
ninguno á quien se la corten.

Allí, según los frenólogos,
de virtudes y pasiones
tiene el hombre los registros
como el órgano de Móstoles.

Las capilares madejas
¡qué cabeza hay que no forran,
ora en forma de diademas
ora en forma de morriones?

¡Con qué gracia el bello sexo
las teje en grato desorden,
en cada hebra colgando
mil amantes corazones.

¡Qué bien aquel cuya frente
se prolonga hasta el cogote,
traza arabescos y mapas
con peñitos y mechones!

Comando el azul del cielo
ó la bata de la noche
al alma sirven los ojos
de puertas y miradores.

Ellos son los acueductos
por donde van los dolores
á ver el mundo y sus gracias
en forma de lagrimones.

En las mujeres los ojos
parecen siempre dos soles,
y sobre todo en las tuetas
que entre nubes los esconden,

Encendiendo las pajuelas
con que inflaman corazones
tras del cristal de los ojos
juguetean los amores.

¡Las narices! ¡oh! bien hayan
las proveedoras de olores,
voladizo de la cara
y de sus llanuras monte.

Sin ellas ¡quién llevaría
los lenticitos al trote,
y la luz de sus luceros
tras de cristal cual faroles?

Ni á fuer de bridas colgaran
tantas cintitas entonces,
ni á los labios bajarían
las gafas de los miopes.

¡Quién al rapé estornudara
si no tenía por dónde,
entre el pañuelo imitando
los acentos del obóe?

Llena de perlas de nácar
que en rojo clavel se esconden
se ostenta el átrio del vientre,
la boca por otro nombre.

Allí se forman las risas,
allí los besos se encojan,
de allí parten las suspiros
y toda clase de voces.

De allí italianas artistas
exhalan *caros* clamores,
y terribles semitistas
las chillonas maritantes.

Aquello es, como quien dice,
la aduana de los que comen,
donde todos los manjares

presentan sus pasaportes.

Habita en medio la lengua que se estira ó se recoge, echando á volar al aire las ideas interiores.

Entre los dientes de algunos les produce lo que comen, y en bocas de charlatanes los convierte en oradores.

Tapando tantos hechizos, telon de pelos inmóvil, hecho cejas de la boca luce el hombre su bigote.

Ora hay dos fuertes carrillos que la cara en torno forren, ora pellejos colgantes como los hules de un coche.

Ya de la nieve y las rosas mézclanse allí los colores, ya de cerdas se engalanan con parterres ó con bosques.

Mas ¡oh dolor! ¡cuántas veces mueble de tantos primores sirve tan solo de percha á muchísimos prohombres!

JOSÉ GONZÁLEZ DE TELADA.

EL JÚPITER DE PHIDIAS.

Esta estatua fué no solamente la obra maestra de Phidias, sino también la de la escultura antigua, Phidias contaba ya bastante edad cuando la hizo. Hacia la Olimpiada 85.ª obligado á huir de Atenas, á consecuencia de la acusación de sacrilegio y robo fulminada contra él, se refugió en Elida, á la sazón misma en que los trabajos del templo Olímpico estaban en grande actividad. Los eleos se apresuraron á confiar al ilustre escultor la ejecución de la estatua del Dios que había de ser adorado en su templo.

El orden arquitectónico de este templo era dórico; y en su interior estaba poblado de grandes columnas. Su altura, á contar desde la base hasta la cima del frontis ó fachada principal, era de 68 piés, su longitud de 250 y 85 su latitud. El edificio construido con piedras del país, estaba cubierto por grandes baldosos de mármol en forma de tejas. En el fondo del templo se hallaban colocados el trono y la estatua de Júpiter. Phidias concibió ambas cosas en las proporciones mas colosales y tuvo para ello á su arbitrio los mas grandes y ricos materiales.

El dios, hecho de oro y de marfil, se hallaba sentado sobre el trono: una corona de olivo, ceñía su cabeza. En su mano derecha tenía una victoria hecha también de oro y de marfil, la cual á su vez ostentaba una palma en una de sus manos y una corona en su cabeza. En la mano izquierda del Júpiter brillaba un cetro de toda clase de metales, en cuya parte superior se veía posada un águila: los piés del dios estaban ajustados por unas sandalias de oro; su manto era de igual metal; viéndose además representadas en los relieves y pinturas del trono multitud de figuras humanas y de flores.

El trono de Júpiter hecho de madera, era la obra mas acabada de ebanistería. Tres clases de figuras, constituían su decorado; bajos relieves, estatuas mitológicas, y pinturas; todo lo cual había sido trabajado separadamente, y colocado é incrustado despues en la madera. Este trono era al mismo tiempo un raro compuesto de ébano, de piedras preciosas, de marfil y de oro. Sobre cada uno de sus cuatro piés estaban representadas algunas jóvenes Tebanas, sostenidas en el aire por igual número de esfinges. Debajo de éstas Apolo y Diana que disparaban sus flechas á los hijos de Niobé. A través del trono se extendían traviesas rectangulares que unían unos piés con otros. Sobre la

traviesa del lado que había frente á la entrada del templo, había ocho figuras que representaban un combate de militas. Sobre las otras traviesas veíanse los compañeros de Hércules en número de diez y nueve, próximos á combatir con las amazonas.

El trono no estaba sostenido solamente por sus piés; había además entre los de atrás dos columnas de igual altura. Sobre las estremidades del respaldo del trono, y un poco mas alta que la cabeza de Júpiter, había Phidias esculpido en un lado las *Gracias*, y en el otro las *Horas*; unas y otras en número de tres.

El banquillo en que descansaba el pié de Júpiter, le sostenían cuatro leones de oro, y en su superficie estaba representado el combate de Teseo contra las amazonas.

En los planos de la plataforma del trono, se veían otros varios adornos. Las figuras esculpidas en oro, eran: el sol elevándose en su carro; en seguida Júpiter y Juno; inmediatamente despues una *Gracia*; esta daba la mano á Mercurio quien á su vez se la daba á Vesta. Despues de Vesta, estaba el Amor recibiendo á Venus que sale del mar, y que Pefho amoná; y últimamente Apolo y Diana, Mercurio y Hércules. En la estremidad de esta plataforma estaban Neptuno y Anfitridates, y la Luna sobre un caballo.

La tradición griega contaba que Phidias por su grande habilidad, había recibido un esclarecido testimonio de la satisfacción de Júpiter mismo. Terminada la obra, Phidias rogó al dios le hiciese ver si era de su agrado; y de pronto la fabrica del templo fué herida del rayo.

La piedra que había delante de la estatua había sido convertida en mármol negro rodeada circularmente de mármol de Paros, destinado á conservar el aceite que se derramaba sobre ella. Este aceite servia para preservar al marfil de la humedad propia del terreno en que había sido construido el templo.

Una inscripción colocada bajo los piés de Júpiter, decía: *Phidias, hijo de Charmidas, ateniese, me hizo.* Los Eleos adornaron el templo y la estatua, con los despojos recogidos á los pisanos y sus aliados, despues de la destrucción de Pisa.

La estatua y el trono estaban iluminados por una abertura ó claraboya practicada en la techumbre del templo, al mismo tiempo que un grande velo de púrpura, suspendido delante de ella, preservaba á la estatua de la influencia del aire exterior.

El Júpiter, tal como está sentado, tenía de alto desde los piés á la cabeza 50 piés; el taburete ó banquillo 3 piés; el trono sin contar la plataforma ó escabel, tenía 40 piés de altura y 24 de ancho; y por último la plataforma contaba 12 piés de altura.

Con los bajos relieves y medallas que han llegado hasta nosotros de la antigüedad, en las cuales se han conservado un gran número de figuras del Júpiter y de Phidias, y con las noticias de algunos escritores antiguos ha llegado á ser posible el representarse esta maravilla de la antigua escultura.

V. C. FELDGO.

NO HAY MAL NI BIEN QUE CIEN AÑOS DURE.

Doña Inés de Arévalo, hija de un pobre hidalgo de las inmediaciones de Ronda, se había enamorado perdidamente de cierto manchego de gentil apostura y recomendables prendas, hijo segundo de otro hidalgo mas acomodado que residia en el mismo lugar.

Don Alfonso de Herrera, que tal era su nombre, amaba á la doncella con todas las veras de su alma, pero solo podía hablarla en raras ocasiones, y para ello tenía que recatarse cuidadosamente, á causa de que ambas familias se profesaban un odio mortal que venia heredándose de padres á hijos, desde una época muy remota. Este odio se manifestaba con harta frecuencia entre los jóvenes por medio de choques sangrientos y repetidos, y entre los ancianos por blagos y pleitos interminables.

Los primeros llegaron mas de una vez de luto á una ú otra familia, y los segundos casi las habían reducido á la miseria.

Esta enemistad profunda y enconada tuvo su origen allí por los años de 1482.

Veamos cómo y por qué causa.

Habían los Reyes Católicos concebido el proyecto de arrojarse á los sarracenos de España arrebatándoles el reino granadino, último baluarte que les quedaba de su dominación en la Península; y escusado nos parece el decir que semejante propósito fué acogido con vivo y general entusiasmo.

Hasta los mismos próceres y magnates que en ocasiones diversas habían hecho vacilar al trono entre las discordias de las guerras civiles, levantaron entonces tropas á su sueldo para unirlos al ejército real que muy en breve, y gracias á este refuerzo inesperado, se compuso de cincuenta mil combatientes. La empresa, sin embargo, ofrecía no pocas dificultades; los moros poseían mas de cien ciudades y fortalezas en el terreno mejor de la Península, y además la cercanía del Africa les proporcionaba socorros poderosos. El plan era pues para hacer inútiles estos socorros, y para llegar mas fácilmente á la capital, el apoderarse poco á poco de todas las plazas que la cubrían y servían como de barrera.

Comenzaron las hostilidades, y la fortuna en un principio moströse adversa á los cristianos. El rey moro Albohacen se apoderó por sorpresa de Zahara, pasó á cuchillo la escasa guarnición que en ella había, sin perdonar á su jefe Hernando de Saavedra, y condujo prisioneros á Granada á los pocos que habían sobrevivido.

Semejante revés aumentó en los castellanos el natural aborrecimiento y el deseo de venganza que alimentaban contra los moros, y desde entonces ya no hubo mas que una idea fija, la de desterrar de España el mahometismo, llevando á cabo la reconquista.

Uno de los primeros que tomaron las armas con este objeto fué D. Diego de Merlo, Asistente de Sevilla, quien en unión del marqués de Cádiz D. Rodrigo Ponce, y del Adelantado mayor de Andalucía D. Pedro Henriquez se propuso ganar la villa de Zahara, yendo sobre ella á toda prisa, de noche y por caminos estraviados.

Aquel plan atrevido fué aceptado con grande y general aplauso, y en pocas horas se organizó un ejército de dos mil quinientos ginetes y cuatro mil peones.

A los tres dias, este ejército hallábase á media legua de Zahara. Hizo alto en un valle profundo donde la tropa descansó de las fatigas y precipitación de la marcha, interior que Merlo y los grandes que le acompañaban trataban de llevar á cabo su empresa con buen éxito.

Aquella misma noche trescientos soldados escogidos, á cuyo frente iba Juan de Arévalo, caballero de gran valor, se adelantaron cerca ya del amanecer hacia la villa, y como viesen que ni en esta ni en su castillo daban los moros señal alguna de vida, aproximáronse á los muros, aseguraron en ellos sus escalas, y comenzaron á subir guardando todos el silencio mas profundo.

Pero enmedio de la subida ocurrió una escena digna de mencionarse.

Juan de Arévalo había llegado el primero á la parte superior de la muralla, y ya se disponía á entrar en la fortaleza, cuando se sintió cogido por un brazo.

—Esperad, señor, dijo una voz juvenil á sus espaldas.

—Que espere? voto á Santiago!... pues qué ocurre?

—Una cosa muy sencilla; he jurado ser el primero que ha de entrar en la plaza.

—Tú!... y quién eres para disputarme este derecho?

—Ya lo veis, un simple soldado.

—Me conoces?

—Ya lo creo, sois el capitán Juan de Arévalo.

—Y vienes entre más trescientos hombres?

—Sí señor.

—Entonces, hijo mío, siento decirte que por esta vez has jurado en falso; soy tu jefe, mas como me gustan los valientes y á pesar de tu edad, manifiestas serlo en alto grado, en vez de castigarte por tu falta de subordinación, me contento solo con ordenarte que me sigas.

—No sois mi jefe, porque estoy á sueldo del señor Asistente de Sevilla; y en cuanto á ordenarme que os siga, lam-poco obedeceré... porque no delante.

—Diablo! tienes la cabeza muy dura, muchacho; y es preciso ablandártela con harta dolor de mi corazón.

Y el capitán levantó al decir esto, sobre la cabeza del jóven, su terrible hacha de armas.

Pero antes de que hubiese descargado el golpe, se encontró sugeto por los robustos brazos del soldado.

—Voto á mil legiones de demonios! dijo Arévalo casi ahogado por la rabia; este maldito, que Dios confunda, va á dar al traste con nuestra empresa.

Y el capitán tenía razón al parecer, puesto que durante este diálogo, que había sido muy rápido, se comenzó á notar en el interior de la plaza alguna alarma.

Dos ó tres centinelas se apercibieron de lo que ocurría, y muy pronto todas las almenas se vieron coronadas de moros.

—Truenos y rayos! exclamó á esta sazón el capitán Arévalo, cada vez mas enfurecido y pugnando por desasirse de su competidor; ya tenemos toda la guarnición encima.

—Mejor, replicó el jóven, snbiendo con ligereza al muro; de ese modo no se dirá que los soldados de Castilla se apoderan de una plaza, cuando los que la defienden se hallan entregados al sueño. Ahora, muchachos, continuó dirigiéndose á sus compañeros, sigame el que pueda.... Santiago, y á ellos!...

Y el valiente mozo, á pesar de las flechas y golpes que le asestaba el enemigo, encontröse muy pronto sobre la plataforma de una de las torres.

Solo el capitán Juan de Arévalo y otro soldado llamado Galindo, tuvieron la fortuna y la gloria de penetrar con él.

Los tres hicieron tantas y tales proezas de valor, que los moros sorprendidos de su extraordinario arrojo, descuidaron la defensa para acudir á donde era mayor el peligro.

Los trescientos hombres de Arévalo pudieron de este modo entrar en la plaza libre y desembarazadamente.

Entonces si que fué aquello una verdadera carnicería; el terreno se disputó palmo á palmo hasta el anochecer, hora en que el pendon de Castilla ondeó por fin en el castillo de Zahara, último refugio de los moriscos.

Quando los reyes católicos Fernando é Isabel visitaron la villa conquistada, informáronse minuciosamente de aquel glorioso hecho de armas, y mandaron que se condujesen á su presencia á los tres heroes principales de la jornada.

Isabel halagó el orgullo del esforzado Arévalo, dándole á besar su mano y dirigiéndole palabras llenas de afabilidad y de benevolencia.

Al soldado Martín Galindo le regaló una riquísima sortija de esmeraldas y una cadena de oro. Solo para el manco que en la noche del asalto hemos visto disputar con el capitán Arévalo, guardó la reina una mirada severa, y un continente fijo y grave.

—Acércate,—le dijo.

El jóven obedeció, aun cuando visiblemente turbado, é hincó una rodilla en tierra con el mayor respeto.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Isabel.

—Hernando Herrera, señora.

—Segun me han informado,—prosiguió la reina,—eres uno de los que entraron primero en la plaza.

—Sí, señora; fui el primero.

—Lo sé; pero tambien me consta que á ti solo se debe el haber hallado prevenida á la guarnición; siendo esta causa de la efusion de sangre cristiana y de la muerte de mis dos leales vasallos, los alcaides de Arcos y Carmona. ¿No temes el haber incurrido en mi desagrado?

—Al contrario, señora; vuestra alteza es una gran reina, y comprende muy bien que el deseo principal de sus soldados es el morir con gloria, y frente á frente del enemigo. Martín de Rojas y Sancho Dávila han succumbido cumpliendo con su deber.... Yo tambien he cumplido con el mio lealmente, evitando lograr por la sorpresa y por la traición, lo que nos podia dar el valor y el arrojo. A los soldados de Castilla les place mas lidiar con sus enemigos que degollarlos inermes; al soberbio leon le agrada mas derramar la sangre del lobo enfurecido, que la del inofensivo cordero....

—Basta, manco,—le interrumpió Isabel;—serias muy capaz si prosigues así, de hacer que se te diese un premio

n vez del castigo que mereces; retirate.—Hernando abandonó la estancia confuso y en extremo desesperado.

Por la noche, un page de la reina llegó á anunciarle que su alteza le esperaba.

Cuando entró en la cámara real, donde se hallaba reunida la corte, Hernando Herrera era todavía un plebeyo oscuro; al abandonarla era ya un hidalgo.

La misma Isabel le había calzado la espuela de caballero.

Doña Inés de Arévalo, y D. Alonso de Herrera, su amante, descendían en línea recta de aquellos dos bravos soldados de Isabel la Católica, á quienes hemos visto disputarse la honra de ser los primeros en subir á los muros de Zahara. Desde el acontecimiento que dejamos referido fueron aquellos hasta el momento de su muerte enemigos irreconciliables.

Esta enemistad duraba todavía, en la época en que comienza nuestra historia, y eso que había transcurrido cerca de un siglo, entre los padres de Doña Inés y de D. Alfonso.

Así fué, que D. Lope de Arévalo al saber los devaneos de su hija, y el nombre del galán que la requería de amores, rondando su calle á todas horas, encerró á la doncella en el rincón mas apartado de la casa, y puso á las puertas de su prision uno de esos canchales de que se valían en casos semejantes los padres y los tutores de la época.

Con esto dió por terminados los amores de la muchacha; pero no contaba con el corazón sensible de la dueña Ortiz, que segun ella misma aseguraba á cada paso no pudo ver nunca con ojos enjutos, que en su presencia se derramase una sola lágrima.

Si solo hubieran mediado en aquel asunto los llantos de doña Inés, y las quejas y súplicas de su amante, de fijo que el corazón de la dueña no se hubiera ablandado así como quiera, y la pobre muchacha, y el enamorado galán no se hubieran visto en mucho tiempo.

Pero hay un dios que favorece á los amantes, y lo que go puede la compasión lo llevó á cabo la codicia.

Cierta mañana Alfonso topó de manos á boca con la dueña Ortiz, en las inmediaciones de la iglesia que la vieja visitaba diariamente; siguióla y á la salida del templo habló largamente con ella.

Por la noche fué á rondar como de costumbre la casa de su amada, y á cierta hora abrióse con el mayor sigilo la puertecilla del jardín.

—¿Estais ahí, seor galán? preguntó una voz tan sumamente baja, que solo hubiera podido percibirla el oído de un enamorado.

—Sí, contestó D. Alfonso, conduceme presto á donde me espera doña Inés.

—Poco á poco, que no se ganó Zamora en una hora, y si venis dispuesto á que os abran las puertas de este paraíso, debéis tener presente aquella de que, si menea la rola el can, no es por tí sino por el pan, y bastante digo, que al buen entendedor con media palabra basta.

—Acabaras con tus refranes? exclamó impaciente el mancebo; ¿ahí tienes los veinte escudos prometidos; estás contenta?

—Mas lo estaria si fueran ciento, que nunca por mucho trigo es mal año, y lo que he hecho por vos picaruelo, merecé mejor paga; mas como ha de ser, paciencia. Ahora, sígame vuesaerced, caballero, y procure que no lo sienta alma viviente, que si el amo despierta y barrunta la menor cosa, habrá la de Dios es Cristo!... por aquí, por aquí, seor hidalgo.

La dueña, seguida de D. Alfonso, atravesó el jardín que no era muy estenso y entró en la casa que se hallaba sumida á la sazón en la mas profunda oscuridad.

La mano seca y arrugada de la vieja cogió la del jóven, que se estremeció con aquel contacto como si hubiera tocado la piel asquerosa de un reptil.

En esta forma atravesaron algunas habitaciones y llegaron por último á una, cuya puerta abrió la Ortiz con una llave que descolgó de la cintura.

—Aquí es, dijo.

El corazón del mancebo palpitaba de una manera estrana. Su amada le esperaba, iba á verla, á estar á su lado, á

hablar con ella de su afecto tan puro como el de los ángeles, de sus proyectos para el porvenir... y sin embargo, don Alfonso temblaba, luchaba con su amor y con su conciencia; su amor lo impulsaba, su conciencia le decía á gritos que al penetrar en aquella casa á tales horas y de semejante manera, echaba por tierra la honra de un anciano y de su hija.

El amor venció como sucede siempre en iguales circunstancias, y Alfonso entró en el aposento en que lo aguardaba doña Inés.

La vieja lo seguía, mirándole á hurtadillas y de una manera socarrona.

Hallábase doña Inés reclinada en un ancho sillón de terciopelo: á cierta distancia, y sobre un velador yelase una lampara de mano que esparcía en la estancia una débil claridad.

La jóven parecia hallarse entregada á un sueño profundo. —Duerme! exclamó Alfonso deteniéndose por miedo de turbar el reposo de su amada.

—Bah! acercaos, repuso la dueña Ortiz con una sonrisa maliciosa; que tímidos son estos muchachos del día!... en mis tiempos, cualquier galán perdido de amores, como vos lo estais, me hubiera llenado de bendiciones y regalado sendos escudos, por haberle proporcionado una sorpresa semejante.

—Una sorpresa?... no comprendo...

—Torpe!... ¿ese sueño?

—Me admira en verdad el ver de esta suerte á tu señora, cuando me has asegurado hace poco que me esperaba impaciente.

—Esperaros?... ¡ya! ¡ya! ¡bonita es ella!... consentiria morir mil veces, y eso que os quiere como á las uñas de sus ojos, antes que recibiros á estas horas y en su mismo aposento.

—Entonces...

—¡Vaya! ¡hijo mío! dentro de una hora volveré para que podais salir fuera de casa; ya os convenceréis en ese tiempo, de que los veinte escudos que me ofrecisteis siempre que os proporcionarara una entrevista con doña Inés, son una paga bien mezquina.

—Dios mío! dijo Alfonso agitado y en extremo confuso, que quiere decir esto!

—Esto quiere decir que vais á ser el mancebo mas feliz de la tierra; miradla, miradla que hermosa es.

Alfonso dirigió maquinalmente la vista hacia donde estaba su amada que continuaba silenciosa é inmóvil.

Entonces sintió oprimido su corazón por un terror vago. Aproximóse á ella y la cogió una mano, que abandonó en el momento, lleno de horror.

La había encontrado helada.

—Muerta! muerta! dijo el mancebo sollozando y casi loco por el dolor.

—Silencio por la Virgen Santísima, que no está muerta como pensais, sino atargada únicamente; comprendéis ahora? dos gotas de cierto breyaje que compré á un judío y que conservo para estos casos, bastan...

El jóven miró á la dueña como dudando de lo que esta decía; pero al ver la expresion repugnante de su rostro, comprendió por qué medio infame se le hacia dueño del honor de la doncella.

—Sacadme, sacadme de aquí inmediatamente ó no respondo de mí cólera, dijo á la Ortiz admirada de aquel arranque... ¡ah! si volviese en sí, moriría de vergüenza y de indignacion.

—Volver en sí; qué disparate! todavía en dos ó tres horas... pero qué diablo de mosca os ha picado?... la alegría y la sorpresa os han hecho de seguro perder la razon, pues de otra suerte en vez de despediciar un tiempo tan precioso...

—Dios mío! Dios mío! tal vez ella si sabe lo que ha ocurrido me crea cómplice en esta infamia y me aborrezca... ah! perdón, amada Inés, perdón!

—Y de qué ha de perdonarte Alfonso? dijo una voz conmovida á sus espaldas.

El jóven se volvió con presteza impulsado por el eco de aquella voz.

La dueña á su vez hizo igual movimiento y arrojó un grito de terror.

Don Lope de Arévalo, padre de doña Inés, se hallaba detrás de ellos. El joven bajó la cabeza con ademán confuso y respetuoso.

La Ortiz al notar la expresión sombría y amenazadora del anciano, cayó á sus plantas exclamando:

—Piedad! piedad!

—Harta tengo cuando no te aplasto como á un reptil asqueroso: sal de mi presencia y de mi casa y que jamás vuelva á verte.

La Ortiz salió dándose por muy contenta de haber escapado á tan poca costa.

—Alfonso, dijo D. Lope cuando quedó solo con este; hace rato que oíste tras de esa puerta que dá á mis habitaciones he oído...

—¡Ah señor! sabreis entonces...

—Sé que eres un joven honrado y todo un caballero. Tu conducta de esta noche estingue en mí el odio que profesaba á los tuyos. No debo pues vengar en ti, que no tienes culpa alguna el deshonor de mi hija.

—Su deshonor!...

—Mañana sabrá todo el pueblo, por esa infame mujer á quien he dejado salir con vida, todo cuanto ha ocurrido, y la murmuración y la calumnia, morderán en nuestra honra sin compasión.

—¡Ah, señor! Si mi sangre puede lavar la mancha, que en concepto vuestro va á caer sobre ella, herid, aquí tenéis mi acero.

El joven, postrándose de rodillas á los pies de D. Lope, le presentó su espada desnuda.

Mas este la rechazó, y abriendo sus brazos al mancebo le dijo enternecido:

—Alfonso, ¿quieres ser mi hijo?...

Alfonso lanzó un grito de alegría y cayó derramando lágrimas de agradecimiento en los brazos del anciano.

Quince días después, celebrábase en la iglesia mayor de Ronda, el matrimonio de D. Alfonso de Herrera y de la hermosa Inés de Arévalo.

Con este enlace inesperado concluyó para siempre la enemistad que existía desde muy antiguo entre los deudos de ambos esposos. La felicidad que estos disfrutaron durante su vida, tuvo también un término, porque *no hay mal ni bien que cien años dure.*

L. Escudero y Perosso.

CUENTO.

A un conde se presentó el asturiano Fabricio, en demanda de servicio y el ajuste se entabló.

—Cuatro duros te dará cada mes; buena comida, ropa limpia, buena vida, y además *te vestirá.*

No hay que decir que el astur se quedó en casa de hecho, muy alegre y satisfecho de encontrarse tal albur.

Con indecible alegría, el imbécil se acostó; pasó la noche, durmió, y vino el siguiente día.

Dan las diez y llama el conde; silencio... las once... nada... vuelve á llamar... campanada... las doce... nadie responde.

A la cama del criado el amo llega furioso, y al ver su inmóvil reposo, así le grita enfadado:

—¡Bestia! ¿Acabaras de birme? ¿no ves que te estoy llamando?...

—Señor, si estaba esperando que viniera usted á vestirme.

C. Diaz de Triesta.

LOTERIA DE NAVIDAD.

Los que deseen acciones para el sorteo de Navidad, se servirán pedir las con tiempo oportuno, pues es sabido que los billetes para este sorteo suelen concluir brevemente.

Las acciones son á 110 rs., las medias á 56 y los cuartos de acción á 28.

Los que deseen billetes ó décimos nos lo pedirán con tiempo acompañando el importe, sin lo cual no haremos caso del pedido.

En el número anterior y en este acompañamos cuatro páginas de la novela "Daniel," y así seguiremos hasta su conclusion.

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Con este número acompañamos el prospecto que ha de servir de base para el año próximo de 1864.

Las ventajas que encontrarán nuestros suscritores respecto á lotería son de no escasa importancia, pues con solo un premio regular, podrá salir *gratis* la suscripción, además de las ventajas ordinarias y extraordinarias.

Con el mismo prospecto acompañamos otro del que damos diario, para el que estamos haciendo las diligencias á fin de elevarlo á la categoría de periódico político, y creemos que lo habremos conseguido para el 1.º de noviembre. Un periódico político, con las ventajas que encierra el nuestro, fácilmente llegará á adquirir una inmensa suscripción. Rogamos, pues, á los que deseen suscribirse que no confundan el Semanario con el diario, sino que al pedir la suscripción expresen con claridad para cuál de los dos es el pedido.

Los que ya tengan abonado el recibo de los regalos de Navidad y quieran hacer la suscripción por el año de 1864, rebajarán del total importe los ocho reales del recibo mencionado.

SUSCRICION AL SEMANARIO EN MADRID.

Desde 1.º del año 1864.

Por un mes	3 reales.
Por tres meses	20 id.

EN PROVINCIAS.

Tres meses	50 reales.
Seis idem.	57 id.
Un año.	110 id.

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

Por un año.	180 reales.
---------------------	-------------

(Franco de porte.)

Colocación en el Banco de Economías de un real por mes de suscripción, para atender á las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

Propietario y editor responsable,

D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.